

Arquitectura pos COVID-19 para el mundo académico

*La nueva normalidad requiere adaptaciones
en las infraestructuras educativas, para así estar
lo más protegidos del nuevo virus mortal*



Por Juan Carlos Doblado
Profesor en la Carrera de Arquitectura

Con el anuncio del Ministerio de Educación de reanudar las clases presenciales en los próximos meses, se abre una polémica sobre la seguridad sanitaria de esta medida antes de la aplicación masiva de una vacuna. Para la mayoría de estudiantes y profesores, las últimas clases presenciales en nuestro país fueron en diciembre del 2019. A partir de la cuarentena, en marzo del



2020, las clases, en el mejor de los casos, han sido posibles gracias a diversas plataformas virtuales.

Volver a las clases presenciales luego de más de un año implica una serie de riesgos, tanto para profesores como para estudiantes y sus familias, sobre los cuales habrá que establecer consensos en la comunidad educativa. Se requiere diseñar protocolos que las instituciones educativas puedan adaptar con cierta autonomía, dependiendo del tipo de enseñanza y la infraestructura educativa con que se cuente. Lo último es fundamental, pues no es lo mismo un campus universitario, con espacios al aire libre, que una casa adaptada como academia o colegio. Lo ideal es contar con espacios flexibles que puedan adaptarse a nuevas maneras de uso.



Así pues, desde el punto de vista arquitectónico, se pueden proponer ciertas acciones complementarias a las medidas sanitarias que ya se han hecho rutina, como el control de temperatura, el lavado de manos, el uso de mascarillas y la distancia social. Con respecto a la primera, esta se relaciona con las características del espacio interior de un aula de



clases. Este debe cumplir con las normas del Reglamento Nacional de Edificaciones: tener ventilación natural cruzada y una altura mínima interior de 2,50 metros. De tenerlo, es mejor no activar el aire acondicionado, sobre todo en espacios cerrados, como auditorios y afines.

Otra medida para mitigar el contagio es redistribuir el mobiliario para mantener una distancia entre estudiantes de por lo menos tres metros, puesto que hay mayor riesgo de contagio en espacios interiores. Lo ideal es que el mobiliario no sea fijo y permita diversas configuraciones para cumplir con el distanciamiento. Esto implicaría disminuir el aforo, probablemente en un 50 % y, por lo tanto, turnar al resto de estudiantes en clases virtuales alternadamente.

Una posibilidad adicional en verano, o si el clima lo permite (pienso en el norte y el oriente del país), es llevar a cabo parte de la clase en espacios exteriores cubiertos, que pueden funcionar muy bien para los talleres de diseño, clases de dibujo o laboratorios de materiales, por ejemplo. Para tal efecto, se puede taldar provisionalmente jardines y patios cercanos a los salones de clase.

Lo anterior nos permite darnos cuenta de que el combate de la pandemia es también un tema de diseño, que involucra a arquitectos y diseñadores de interiores en la adaptación de estos espacios.

Todavía es temprano para predecir si el COVID-19 va a generar cambios permanentes en la infraestructura educativa. Lo que parece claro es que las clases presenciales tendrán que convivir con las virtuales en esta primera etapa, hasta que volvamos a lo que conocíamos como “normalidad”.

